

desahogo contra las personas que no nos simpatizan ó contra aquellas con quienes hemos tenido alguna desazon ó animosidad secreta?

¿Hemos dejado pasar alguna de nuestras conversaciones sin hablar de Dios ó de alguna cosa edificante? ¿hemos experimentado gusto cuando los demás nos hablan ó nos dan ocasion de entretenernos de estos objetos santos?

En fin, ¿hemos tenido el corazon tan lleno de Jesucristo, para no hablar, á ejemplo de los Santos, sino de cosas santas y de devocion, y no tener en la boca sino palabras de paz y de caridad? *Nunquam in corde nisi Christus, nunquam in corde tuo nisi pax, nisi castitas, nisi pietas, nisi charitas.* (S. Hilar. *Arelat.*).

TERCER PUNTO.

Dios mio, ¡cuán dichosos son los que disgustados totalmente del mundo no procuran sino complaceros y hablar siempre de Vos! Esta es la manera de imitar perfectamente las conversaciones de los Angeles y Bienaventurados, pudiendo entonces decir de verdad con el Apóstol: *Nostra conversatio in cælis est.* (Philip. III).

Que nuestro amor, oh Dios mio, nos haga gustar esta dicha, y que no hablemos sino raramente del mundo y frecuentemente de Vos, y que pueda en particular de-

cirse de cada uno de nosotros lo que un Santo ha dicho haciendo el panegirico de uno de vuestros más grandes servidores: *Cui rarior in ore mundus, frequentior Christus.* (S. Hil. *Arel. de S. Humb.*).

SOBRE LAS VISITAS.

PRIMER EXÁMEN.

De lo que se ha de evitar en las visitas.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo en las visitas que hizo durante su vida. El hizo bien pocas, mas las hizo de una manera muy santa; y por ellas nos ha merecido la gracia de santificar las nuestras, de evitar todos los defectos en que podemos en ellas incurrir. ¡Qué ventaja para nosotros encontrar en las acciones de un Dios, no solamente un modelo sobre el cual arreglemos las nuestras, sino tambien un manantial de gracias para ejecutarlas con perfeccion! ¡Que nuestros corazones se deshagan en alabanzas y en acciones de gracias á los piés de este divino Salvador!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué cuidado tenemos nosotros en nuestras visitas para evitar todo lo que los Santos condenan en ellas.

un exterior demasiado compuesto, pretendiendo agradar, y permitiéndonos como ellas una grande libertad para juzgar de todo género de cosas?

TERCER PUNTO.

Dios mio, yo reconozco con uno de vuestros grandes servidores, las mil ocasiones de perderse que se encuentran en las visitas del mundo, y que lo más seguro y lo más corto seria, al ejemplo de este Santo, absolutamente suprimirlas y no hacerlas del todo. *Urbis*, dice él, *conversations reliqui, velut infinitorum malorum occasiones*. (S. Basil. *epist.*). Mas como ellas sean inseparables de nuestros empleos y de otros motivos que las hacen indispensables, yo os suplico, oh mi Dios, que esa necesidad no ocurra sino muy raramente, que yo sepa abreviarlas lo posible y jamás desagradaros en ellas: *Nemo enim inter serpentes et scorpiones securus ingreditur*. (S. Hier. *ep. 22 ad Eustoch.*).

SEGUNDO EXÁMEN.

De las intenciones con que deben hacerse las visitas.

PRIMER PUNTO.

Adoremos las intenciones de nuestro Señor en las visitas que ha hecho á los hombres. En ellas no tenia otra mira que los

intereses de éstos, y jamás la fijó en los aplausos del mundo, ni en atraerse el humano respeto, ni en alguna vana complacencia. El celo por la gloria de Dios y por la salud de los hombres fué el único móvil de las muy raras visitas que hizo, pues en ellas no buscaba sino honrar á su Padre y salvar á todo el mundo. Hé aquí el bello ejemplo y gran modelo para reglar las intenciones con que debemos hacer nuestras visitas. *Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ*. (Luc. 1).

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué intenciones hemos llevado nosotros al hacer las visitas á qué estamos obligados.

¿No las hemos hecho sin que mediara necesidad alguna y solamente por mantener comercio con el mundo, para alejar de nosotros la reputacion de gente que no tiene sino una devocion salvaje, para hacer ahí aparecer nuestros talentos por adquirir reputacion ó conservar la que ya tenemos?

¿No hemos tenido en mira solamente satisfacer en ellas nuestra curiosidad y entretener nuestro gusto por las novedades?

¿No ha sido la de nuestro interés para cultivar la amistad de aquellos que pueden servirnos en el adelanto de nuestra fortuna, adquisicion de empleos y progreso en

el mundo, ó lo que seria peor que todo, la de entretener alguna amistad peligrosa ó satisfacer alguna pasion?

Y cuando hemos sido fieles á renunciar á todas estas intenciones maleadas en nuestras visitas, ¿las llevamos siempre á ellas santas y verdaderamente cristianas?

¿Tenemos, pues, en ellas por objeto la gloria de Dios, la sumision á las órdenes de su providencia, el cumplimiento de su voluntad?

¿Hemos llevado á ellas la intencion de hacer reinar á nuestro Señor en los corazones, á ejemplo de la santísima Virgen, que no se encamina á casa de su prima Isabel sino para hacer allí conocer y reinar á Jesucristo?

¿Hemos imitado al Apóstol, que no tenia otro fin en sus visitas que el de afirmar en la gracia á los cristianos que él visitaba, comunicarles noticias santas y consolarse con ellos de sus desgracias comunes?

¿Las hemos hecho para inspirar horror al mundo, para condenar la falsedad de sus máximas y para hacer temer los horrores á qué se sujetan los que se conducen por su espíritu?

¿Hemos deseado llevar á las personas que visitamos á la estimacion de las verdades cristianas, al amor de las máximas del Evangelio, á la práctica de las verdaderas y sólidas virtudes?

Si hemos hecho visita á las personas que se hallaban afligidas, ¿hemos estado en ella como sobre el Calvario, para honrar á Jesucristo sufriendo al menos en sus miembros? Si eran pobres, ¿hemos acudido para servir á nuestro Señor en ellas segun el aviso que nos da El mismo? y si se encontraban en pecado, ¿las hemos visitado para sacarlas de su estado miserable y para conducir las á Dios con toda la ternura que inspira una perfecta caridad?

En fin, en todas las visitas que nosotros hayamos hecho, ¿hemos procurado inspirarnos en el espíritu de nuestro Señor, obrando con las intenciones con que las practicaria El mismo si estuviese en nuestro lugar?

TERCER PUNTO.

Dios mio, si Vos no habeis visitado á los hombres sino por su salud y por la gloria de vuestro Padre, ¿cómo podríamos nosotros, despues de este ejemplo, tener otras intenciones en nuestras visitas que las de complacerle y salvar á nuestros hermanos? Esto es, pues, lo que yo pretendo hacer en lo venidero, mediante vuestra santa gracia, á fin de que, marchando sobre vuestros pasos, pueda decir como Vos: *Gloriam meam non quero, sed ejus qui misit me Patris.* (Joan. viii). *Veni ut vitam habeant et abundantius habeant.* (Joan. x).

TERCER EXÁMEN.

De la manera de hacer bien las visitas.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo en las visitas que ha hecho á los hombres en diversos tiempos y en diferentes maneras. El los visita á todos en general, descendiendo del cielo á la tierra en el misterio de la encarnacion: *Visitavit nos oriens ex alto.* (Luc. 1). El los visita en particular durante su vida: *Zachæ, hodie oportet in domo tua me manere.* (Luc. xix). Y los visita todos los dias en general y en particular en el santísimo Sacramento del altar: *Quid est homo, quod memor es ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum?* (Ps. viii). ¡Cuánto hay de santo, de caritativo, cuánto de puro y desinteresado en todas estas visitas! Amemos, alabemos, bendigamos á este divino Jesús por las grandes bondades que nos ha mostrado por esta conducta.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si hemos sido fieles en seguir los consejos que se nos dan para hacer bien nuestras visitas.

1. Antes de salir de casa, ¿hemos examinado qué razon tenemos para hacer las visitas, si es un movimiento de ligereza, ó

el disgusto del retiro, ó el amor del mundo que á ellas nos lleva, más bien que una verdadera necesidad?

¿Hemos pedido á Dios su proteccion por una corta oracion, segun el consejo y la práctica de los Santos: *Egredientes de hospitio armet oratio.* (S. Hier. ep. 22 ad Eustoch.).

2. Cuando nos encaminamos á nuestras visitas, ¿hemos entrado á la primera iglesia que encontramos al paso para saludar al santísimo Sacramento y demandar la bendicion de nuestro Señor?

¿Hemos marchado en las calles con una moderacion y una modestia capaces de edificar á todos los que nos ven?

¿Nos hemos ocupado por el camino de algun buen pensamiento capaz de preservarnos de las tentaciones, de los peligros y extravíos á que con frecuencia expone el mundo?

3. Ya en nuestras visitas, ¿no ha pasado nada por nuestra parte que no fuera conveniente á nuestro estado? ¿y no nos hemos demorado más de lo que demandaban la necesidad, la caridad ó el decoro?

4. Al regresar á casa, ¿hemos conservado siempre una grande modestia? ¿Hemos pedido perdon á nuestro Señor de las faltas en que hayamos podido incurrir en nuestras visitas? ¿y hemos procurado olvi-

dar lo que no conviene retener de lo que ha pasado, de lo que hemos visto y aprendido en la ciudad?

5. En fin, despues de volver á casa, ¿nos hemos puesto bajo la proteccion de la santísima Virgen, dirigiéndola alguna oracion, segun el consejo de san Jerónimo: *Regredientibus de platea occurrat oratio priusquam sessio?*

¿Hemos vuelto á tomar nuestros ejercicios con el mismo recogimiento y fervor que si no hubiésemos salido?

¿Hemos observado en su caso esta gran regla que da uno de los Santos institutores de las primeras comunidades de la Iglesia, de no contar nada en la casa de cuanto se ha hecho, visto ó entendido en la ciudad? *Nemo quod foris gesserit, viderit vel audiverit, in domo narrare præsumat.* (S. Benedict. *in reg.*, S. Pacian. *in R.*).

TERCER PUNTO.

Mi Salvador, que despues de habernos merecido por vuestras visitas la gracia de santificar las nuestras, nos habeis dado los consejos y las máximas necesarias para hacer éstas de una manera digna de vuestra aprobacion; haced por vuestra gracia que nosotros seamos fieles á vuestras santas instrucciones, y bendecid la resolucion que tomamos de seguir el aviso de un gran Santo, de no hacer visita alguna sin

haber examinado previamente si es lícita, útil y conveniente: *An liceat, an deceat, an expediat.*

PRIMER EXÁMEN.

De los viajes de los eclesiásticos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor en los diferentes viajes que hizo durante su vida mortal. Sus miradas, sus pasos, todo su exterior era en ellos santo, puro y edificante. Nada pretendia El en todo sino complacer á su Padre, hacer bien á los hombres y llenar su mision: toda su conducta era interior y exteriormente admirablemente arreglada. Rindamos todo género de homenajes á este divino Salvador, que nos invita tan tiernamente á seguirle: *Qui mihi ministrat, me sequatur.* (Joan. XII).

SEGUNDO PUNTO.

Estando determinados por buenas razones, y despues de haberlo reflexionado maduramente, de emprender algun viaje, ¿hemos principiado por encomendarlo á Dios, para ponernos en estado de atraer su bendicion sobre nosotros, en el conocimiento de la gran disipacion á que nos vamos á exponer?

¿Hemos tenido cuidado, cuanto las cir-